

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

ESTABLISHED 1924

Sangre escocesa

Lillian Gish

Norman Kerry



LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año III Publicación Semanal de argumentos
de películas de 25
Núm. 70 METRO GOLDWYN MAYER Cents.

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 15551 - Barcelona

SANGRE ESCOCESA

Grandiosa producción dramática interpretada por
LILLIAN GISH y NORMAN KERRY

Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 - BARCELONA



Sangre Escocesa

Argumento de la película

En las montañas escocesas han resonado canciones más bellas que la de Annie Laurie, pero ninguna tiene la ingenua ternura y la dulce tristeza de esta vieja historia de amor.

Esta leyenda ha sido forjada en la página más sangrienta de la historia feudal de Escocia: la destrucción del castillo de Glencoe por los guerreros de la familia de Campbell.

Las campanas de Glencoe tocaban a muerto. El fanal de socorro que se erguía en un picacho mandaba sus lúmenes al cielo llamando a las armas a los montañeses del contorno.

En el amplio corredor del castillo se arremolinó, llena de emoción, la gente del lugar ávida de conocer las causas del trágico fin.

Unos montañeses armados entraron en el comedor conduciendo en unas parihuelas a uno de sus compañeros, sin vida.

¿Quién le había matado?

El jefe de la fortaleza, el viejo y valeroso Mac Donald, rugió, rojo de ira sus ojos:

—¡La mano maldita de un Campbell!

Sobre el muerto se halló el siguiente papel manuscrito:

Para MacDonald, el viejo lobo de Glencoe y sus cachorros:

Cada vez que uno de nuestros hombres sea encontrado en nuestras tierras, nuestras espadas repetirán lo hecho ahora.

Campbell

El viejo MacDonald crispó los puños y dijo a un gullardo mozo que se hallaba a su vera contemplando al muerto, a cuyo cuerpo se había abrazado la pobre esposa:

—¡Yan MacDonald, demuestra a esos traidores que los cachorros del viejo lobo saben vengar a los suyos!

Yan animó a la venganza a todos los presentes y levantando un brazo armado de un cuchillo, exclamó:

—¡Un Campbell por cada MacDonald!

Todos a una juraron desquitarse, y, con Yan a la cabeza, se dirigieron hacia el castillo de los Campbell, nobles arrogantes y sedientos de grandeza.

Contrastando con la ira y el dolor que agitaba a los montañeses de Glencoe, hombres sencillos y de gran corazón, en el majestuoso castillo de los opulentos rivales se celebraban extraordinarias fiestas.

Suspiraban las gaitas melancólicas y los campesinos se alborozaban con sus baladas y sus bailes montañeses.

A las fiestas habían sido invitados por el jefe de los Campbell, sir Roberto Laurie y su primorosa hija Annie.

El orgulloso Campbell tenía dos hijos: Nita y Donald, tan humilde y hermosa aquella como insignificante, afeminado y podante éste.

Nita era la mejor amiga de Annie y ésta agradecía en el alma y correspondía con ella al efecto de la modesta Campbell tan distinta a sus parientes, soberbios y desconsiderados.

Nita, de sobremesa, dijo a Annie, mirando hacia Donald, que se dejaba contemplar como una señorita:

—¿Por qué no te casas con mi hermano Donald y vives siempre aquí, Annie querida?

—Si pudiéramos vivir siempre juntas... pero luego tú te casas con alguno de familia extranjera... y me dejas a Donald en las manos.

—No te parece buen mozo?

—Sí... y él también se lo cree.

—Es su carácter.

Los padres — sir Roberto y el viejo Campbell — observaron a las dos jóvenes, y dijo el primero a Donald, que se reía estúpidamente:

—Donald, lo que su padre y yo estamos viendo nos llena de satisfacción. Armece de valor y aborde el asunto.

Annie se hallaba ocupada en aquellos momentos en demostrar a Nita cómo se logra saber cuándo encontrará novio una soltera. En una copa llena de agua echó un huevo fresco y, agitando, manifestó a su amiga:

—Ahora dices: "Yo soy Nita Campbell y deseo saber cuándo me encontraré con mi futuro marido."

Donald se acercó a las dos muchachas, y presentándose ante ellas bruscamente, provocó un movimiento de estupor en Annie, a consecuencia del cual ésta volcó la copa en que hacía el pueril experimento.

Y dijo Annie, viendo el agua bañando una parte de la mesa:

—¡Allá va el esposo de Nita!

Un poco antes, Yan y su hermano, que era un poco más joven, pero tan valeroso como él, llegaron al pie del castillo de los álfivos y odiados Campbell, y para alcanzar antes la meta donde hallarían la codiciada venganza, el hermano, con algunos hombres, atravesó a nápo el río que se desliza junto a la fortaleza, en el preciso momento en que Annie decía a Nita, observando cómo se mezclaba el huevo con el agua en el vaso, antes—claro está—de que éste fuese derribado:

—Un valiente y fuerte escocés cruzará el agua y vendrá hacia ti.

¿Sería, pues, el hermano de Yan el hombre que el destino reservaba para Nita?

Yan, por su lado, entraba en el dominio de los Campbell por el otro lado, con otros hombres, a fin de no llamar la atención haciéndolo todos juntos por un solo punto.

Mientras los montañeses MacDonald buscaban su venganza rodeando el castillo, Annie y Nita salieron a pasear por los espléndidos jardines, y la primera preguntó al espejo que formaban las claras aguas de un estanque:

—¡Muéstrame, oh vieja luna, que sabes los secretos de los hombres, quién ha de ser el dueño de mi corazón!

Casualmente, como respondiendo a la invocación, en las aguas se reflejó Yan, montado a caballo y que se hallaba sobre una loma.

Fué sólo un momento, pero la rápida visión dejó atónita a la linda romántica.

¿Qué apuesto mozo!

¿Sería él, en verdad, el elegido para su corazón?

Poco después Yan entraba en la sala de fiestas del castillo, y derribando mortalmente a un guerrero a los pies del trono que ocupaban los

dos Campbell y el invitado de honor, sir Roberto, dijo, desafiando a todos:

—¡Un Campbell por cada MacDonald!

Y huyó presto, sin que nadie pudiese reaccionar a tiempo de darle alcance.

El hermano de Yan sorprendía a Nita en el jardín, un tanto separada de Annie, que seguía consultando la transparente linfa, y, maravillado ante su hermosura, la amordazó con sus manos y obligó a ir con él.

Annie vio el raptor y trató de impedirlo, pidiendo a gritos ayuda.

Pero el socorro llegó tarde, y los Campbell y sir Ricardo quedaron paralizados por el estupor al enterarse de que Nita había sido raptada por los MacDonald.

Durante varias semanas prosiguieron las luchas encarnizadas, pero finalmente se impuso una tregua para negociar la paz.

Los dos bandos se enfrentaron con sus respectivos jefes a la cabeza, y los Campbell y Annie, quien, con su padre, había querido asistir a la importante conferencia, vieron a Nita en el otro campo.

El viejo Campbell dijo a su hija:

—¡Nita, deja esa gente y vuelve con nosotros!

Pero por toda respuesta Nita se abrazó al hermano de Yan.

Entonces Annie, acercándose al límite del campo de los Campbell, pues las dos partes enemigas estaban separadas por una hilera de piedras amontonadas, dijo a Nita, que no titubeó en reunirsele para abrazarla de todo corazón:

—¡Ya olvidaste el amor de tu viejo padre y la devoción de tus familiares? ¿Es posible que

nos abandones por esos alvajes montañeses?

Nita, llena de fe, repuso:

—La gente de MacDonald es la mía. ¡El hijo menor del noble montañés es mi amado! ¡Me rupió por amor, y por amor soy suya!

El viejo Campbell, adelantándose hacia el campo contrario, rugió, como un demente furioso:

—¡Maldita seas! ¡Que tus huesos no descanses en tierra sagrada, que tu alma se pierda en el infierno y el primer hijo de tu sangre te traiga el desastre y la muerte!

Horrorizada por el anatema, Nita se abrazó temblorosa a su amor, y Annie, compadecida de su buena amiga, rogó fervorosamente por la eficacia de la maldición paterna.

Y tampoco aquella vez fué posible un arreglo entre las partes discordantes.

La guerra sin cuartel existente entre los Campbell y los MacDonald tenía un oasis de paz en la mansión de sir Roberto Laurie, enclavada entre los dominios de ambos nobles.

El rey había convocado a los jefes para discutir la paz, y Annie Laurie estaba muy atendida con los preparativos del banquete.

Donald Campbell se hallaba ya en el castillo de los Laurie y galanteaba como un ridículo trovador a Annie, sin lograr, a pesar de sus esfuerzos, interesar su corazón virgen.

Aunque por su tipo de muñeca frágil parecía que Annie se enamoraría de Donald, éste no le resultaba ni un ápice interesante y sus finas maneras de Londres le crispaban los nervios, por encontrarlas frías, desprovistas de esa encantadora rudeza del hombre.

Para que no la molestase más mientras lo vi-

gilaba todo en la cocina para que no faltase nada en el gran banquete, Annie dió un bostón a Donald, y éste, por mucho que el golpe hubiese querido ser cariñoso, se dolió de él y dijo a la damita por quien suspiraba:

—¡Admito que no le gustan a usted las suaves maneras que se estilan en Londres, pero al cielo me proteja a mí de sus "suaves" maneras de Escocia, Annie!

Sir Roberto tenía un fiel servidor en el viaje Sandy, prototipo de escocés, cuya simpatía toda, en medio de la neutralidad de la casa de los Laurie, se inclinaba hacia los montañeses, sus hermanos.

Los Campbell le resultaban "intragables" y sufría el mayor desencanto al viera algún día unirse en matrimonio a Annie y Donald.

La indiferencia que la preciosa criatura demostraba al pedante Campbell regocijaba a Sandy, quien de buena gana hubiese estrechado contra su corazón a Annie cada vez que daba un chasco al imbécil pretendiente.

Los nobles que debían pactar la paz iban llegando.

La aparición de los Campbell, con todo su soberbio aparato, produjo sensación.

Cuando el viejo Campbell y sir Roberto se hubieron saludado, dijo Annie, pensando en los más feroces enemigos de los recién llegados:

—Padre, ¿dónde alojaremos a los MacDonald? Nadie querrá tenerlos.

Donald repuso:

—Que acampen fuera entre montañeses incultos. Ya están habituados a dormir sobre las piedras.

Sandy, reprimiendo en sus labios una frase hiriente para el idiota, dijo a Annie:

—Y tú, será mejor que ocultes esa cara.

¿Por qué decía eso el viejo montañés?

—Para los hombres indómitos y bravos es el amor de las mujeres—añadió Sandy.

Los Campbell se violentaron ante la ofensa y empuñaron la cruz de sus espadas.

Annie intervino en la cuestión y tranquilizó a los orgullosos nobles, asegurando que Sandy no había querido ni remotamente enojarlos.

Pero cuando quedó a solas con Sandy, Annie le dirigió reproches por su atrevida frase.

—Es una locura arriesgar la vida por una broma tan ligera.

—¡Bah! Cada cual tiene en este mundo lo que se merece.

Annie enmudeció durante unos momentos, y Sandy le arrancó a sus meditaciones y le preguntó:

—¿En qué estás pensando, Annie... si se puede saber?

Ella dió un suspiro y contestó:

—Pensaba en si Anita volverá algún día con nosotros.

Sandy le hizo un pícaro guiño y repitió su aseveración de antes:

—Para los hombres indómitos y bravos es el amor de las mujeres.

* * *

Fueron llegando los nobles, con sus guerreros, que debían tomar parte en la asamblea donde se debatiría la paz para todos.

Los últimos en acudir a la reunión fueron los MacDonald.

Los Campbell, siempre dispuestos a zaherirlos, los dijeron, por boca de uno de los soldados:

—¡Cobardes! ¡No podéis tener mujer sino robándola!

Se referían a Nita, que no se apartaba ni un

momento de su esposo, el hermano de Yan.

Los MacDonald replicaron así:

—Y vosotros, ¿no podéis guardarlas cuando las tenéis?

Donald Campbell, que presenciara, en compañía de Annie, la llegada de los montañeses, gritó desde la balustrada del castillo:

—Callen sus lenguas o les hago yo callar.

Los montañeses echaron mano de sus cuchillos, prontos a defenderse; pero Yan les dio una voz indiscutible:

—¡Quietos los cuchillos!

Y añadió, contemplando por innumerable vez a Annie, cuya hermosura y fragilidad habíale interesado profundamente:

—Según creo, hemos venido aquí para hacer la paz, mis alegres amigos, no para empezar otra guerra.

Los montañeses enfundaron de nuevo sus cuchillos y los dos bandos se calmaron, obedeciendo a sus respectivos jefes.

Annie no podía resistir el deseo de mirar a Yan, recordando haberle visto cuando en el jardín del castillo de los Campbell preguntara al espejo líquido del estanque quién sería su amado; pero apartaba de él presto su vista al cruzarse con la suya.

Donald pasaba un mal rato viendo el juego de Annie, y el apuesto montañés se complacía en hacerle rabiar sonriendo abiertamente a la linda damita.

Un poco después, Annie vio a Nita, a través de las rejillas de la puerta del castillo, cerrada para los montañeses, que deberían instalarse en el campo, y, alegrándose mutuamente de volverse a ver, así hablaron:

—¡Cuánto te echaba de menos, Nita! ¿Eres dichosa?

—¡No puedo serlo más, Annie! Mi marido es

el hombre más noble de la tierra.

—Quiero hablar contigo y te aseguro que iré a visitarte esta noche en vuestro campamento. Envía a alguien por mí.

Cuando llegó la noche Annie salió subrepticamente del castillo y una vez fuera buscó con la mirada al guía que le había mandado Nita.

No encontró a nadie; pero de pronto se volvió y encontróse frente a frente con Yan.

—¿Usted?—dijo, atragantándose.

—Venga conmigo—le respondió él con rudeza.

Ella le observó unos instantes de arriba abajo, sin decidirse, y él le preguntó:

—¿Qué mira?

—No... me parece que no voy—pudo añadir.

—Haga lo que quiera, pero decida pronto.

Y se alejó de ella lentamente.

Annie, sorprendida de la rudeza de Yan, vaciló. Le temía... y no le temía... quería seguirle... y no quería seguirle.

¿Qué le pasaba a su corazón?

Yan iba alejándose, y al fin Annie resolvió dejarse acompañar por él; pero el montañés no acortó lo más mínimo la distancia que los separaba.

Al llegar a la orilla de un arroyo, Yan no reparó en vadearlo mojándose los pies y parte de las piernas; pero Annie, vestida con galas de salón, se detuvo y le llamó para que no siguiera adelante.

—¿Qué ocurre?—inquirió Yan, acercándosele.

—No puedo pasar por aquí sin riesgo de echar a perder mis zapatos...—dijo ella.

La cosa tenía fácil arreglo, y sin hacer caso de sus protestas, Yan la cogió por las piernas y la cargó sobre su hombro izquierdo.

¿Qué maneras eran aquellas?

¿Quién le había autorizado a cogerla como una muñeca... o como un fardo?

Pero el caso era que sus zapatitos estaban intactos gracias a él, y no podía menos de reconocerlo.

Cuando hubieron atravesado el arroyo, Yan la depositó en tierra y en silencio continuaron el camino hacia el campamento.

Al llegar al mismo se dirigieron a una casita



—¿Qué mira?

de campesinos, donde se alojaba Nita, y el gallardo mozo dijo, en la puerta de esa vivienda, a Annie:

—Si viviera usted aquí, no tendría que envidiar la felicidad a ningún hombre.

Annie hizo un mohín, que quería ser de desdén, y cuando Nita acudió a recibirla, Yan fue a reunirse con sus soldados acampados en pleno campo.

Las dos buenas amigas conversaron afectuosamente, y Annie regaló a Nita el abrigo de seda que se pusiera al salir del castillo y que a ésta le había gustado mucho.

Nita no quería privar de la prenda de abrigo a Annie, mas ésta insistió en que se lo quedase.

—Gracias, pues, Annie—le dijo—. Esto me hará recordarte más, cuando esté muy lejos, allá en Glencoe...

—De modo que no vienes a volver con los tuyos?

—No, Annie, no...

—¿Cómo has podido olvidarte de tu casa, de tu familia y de mí? ¿Qué influencia tienen sobre ti?

—¡Oh, Annie! Cuando te enamores, seguirás a tu amor, y su gente y su vida serán las tuyas. Y ahora... no me perteneces ni a mí misma...

—¿Cómo?...

—Sí, Annie... Voy a ser madre...

—¡Mi pobrecita Nita!

Siguieran hablando, no ocupándose ya más que del tesoro que se anunciaba, y cuando llegó la hora de separarse, para regresar Annie al castillo, lo hicieron con mucho pesar. ¡Ellas que desearon siempre vivir juntas!

Yan, reunido con sus guerreros, se libraba a ejercicios atléticos, divirtiéndose con juvenil entusiasmo; pero no le supo mal dejar la diversión por el placer de acompañar a Annie al castillo.

Durante el camino de vuelta no cambiaron más palabras que en el de ida, pero—detalle importante—al llegar al margen del riachuelo, fué An-

nie quien rogó a Yan que la llevara en sus brazos.

Yan lo hizo de mil amores, y acuciado por el tibio perfume que emanaba de la gentil damita, no pudo resistir el imperioso anhelo de besarle los labios.

La caricia llevó el desconcierto al alma de Annie; pero aparentemente se mostró enojadísima y saltando a tierra separóse de Yan, prohibiéndole que la siguiese acompañando.

Al pie de la ventana del castillo que correspondía a la habitación de Annie, Donalds cantaba trovas dedicadas a ella; pero la dama de sus pensamientos no dió señales de vida... porque no estaba en la fortaleza... hasta que el galán se disponía a marcharse.

—¡Eh, Donalds!—le llamó.



—¡Mi pobrecita Nita!

—¡Oh, Annie! ¿Estaba usted ahí? —dijo él, maravillado.

Y Annie, pensando en Yan, que seguía en meditación sentado en una piedra del arroyo, gritó a Donalds:

—¡Más alto, más alto!

Y, sin sospecharlo, Donalds se prestó a ayudar a Annie a dar celos a Yan.

¿Le quería, pues?

Mientras los jefes discutían los términos de la paz, sus guerreros se entretenían en juegos de fuerza y habilidad.

Annie no se preocupaba de los juegos... ni de Donalds, que no se apartaba de su lado, sino de encontrar a Yan.

Al fin le vió y su corazón dió un brinco en su pecho.

Yan le sonrió, y el viejo Sandy, que contemplaba, como Satán, ese juego, se reía una barbaridad. ¡Donalds se iba a quedar sin novia!

En la sala donde se celebraba la importante asamblea, MacDonald expresó en estos términos con Campbell:

—Durante largo tiempo habéis entrado a saco en nuestras propiedades, y no firmaré la paz mientras no nos sean reintegradas las tierras y el castillo que me habéis usurpado.

Campbell repuso, inflexible:

—No mermaremos en nada nuestro patrimonio. El rey os ha concedido de plazo hasta fin de año, para decidiréis a firmar la paz.

—El sol secará la última gota de los MacDonald antes que aceptar esas condiciones.

Y el viejo loco de Glencoe marchó indignado, ordenando a sus hombres que se avisasen unos a otros para regresar al monte sin demora.

Sir Roberto, extrañado de la actitud de Campbell, dijo a éste:

—¿Por qué no le dijisteis que el rey estaba dispuesto a devolverle sus tierras y el castillo?

Campbell, astuto y cruel, replicó:

—Porque si refusa firmar la paz con el rey, podré vencerle rápidamente con ayuda de las tropas reales, la flaqueza de Escocia.

Mientras los montañeses se preparaban para emprender inmediatamente el regreso al monte, Yan y Annie, atraídos poderosamente por la fuerza divina que embellece el mundo, se pasaban burlar la vigilancia de Donald, quien se lanzó, apenas se dió cuenta de la desaparición de Annie, en su busca, con numeroso séquito, bien armado.

Yan, mientras galanteaba a Annie, recibió la



...y afeitado por el tibio perfume...

orden de reunirse con los montañeses, pues iban a partir; y entonces él le dijo, con ternura:

—No he tenido tiempo para conquistar por completo tu amor, pero yo te amo y quiero llevarte conmigo.

Ella, rendida, se dejó abrazar, y Yan murmuró:

—Annie, cuando te estrecho entre mis brazos me siento el hombre más poderoso de la tierra. Y no tengas miedo de mirarme, amor mío... Deja que por tus ojos salga el amor que hay en tu corazón. Yo te daré por hacer seductor mis montañas... el hogar de mi gente. ¡Tú eres mía!

En tal momento apareció Donald con sus guerreros. ¡Ah, maldita montaña!

Al verle, Yan dijo a Annie, deseando dar una lección a su odiado enemigo, delante de todos:

—Diles que me amas. Diles que te vas con tu esposa a Glencoe.

Annie parecía no oírle.

—No te acobardes, Annie. El amor es valiente cuando es verdadera, y de un amor así no debe avergonzarse ninguna mujer.

Yan estaba convencido de que Annie escucharía la voz de su corazón; pero no fue así... y, con inmenso dolor, la vió alejarse lentamente, como baja el peso del remordimiento, camino del castillo.

Annie se había separado unos pasos. Parecía que, a pesar de las palabras alentadoras de Yan, no se atrevía a confesar aquel amor que había llenado toda su corazón. La presencia de las gentes de Campbell la acobardaban; volvía a ser la débil mujercita, asustada ante los hombres de guerra.

Aprovechando aquel estado de ánimo, Donald

de Campbell, mirando a sus soldados, les dijo con un odio feroz que enrojecía sus ojos:

—Le enseñaremos a este jahalí cómo debe tratarse a una Campbell.

A una orden suya, se lanzaron contra Yan, acorralándole.

Los soldados desenvainaron sus espadas, y colocándose en dos hileras las alzaron sobre sus cabezas, formando puente con los aceros entrelazados...

—Podrás marcharte de aquí — rugió Donald Campbell —; pero antes te daremos tu merecido.

Algunos de aquellos secuaces le empujaron rudamente hacia el puente que habían formado sus compañeros. El joven no usó defensas. Arrogante, con la cabeza erguida y viril, pasó por debajo de las brillantes espadas.

Entonces ocurrió lo inaudito, fiel reflejo del odio mortal que separaba a los dos bandos.

Yan fué azotada de modo cruel por los aceros. Pegaban de canto, abriendo verdaderas tajos en el cuerpo del muchacho. Continuos espaldarazos caían brutalmente sobre Yan, cuyas carnes chorreaban sangre... Fueron momentos de intenso calvario en que el joven reflejó en la mueca dolorosa de su rostro, los sufrimientos que experimentaba su ser.

No gritaba, no protestaba, sin embargo; pasaba en silencio por aquella humillación que hacía reír a Donald y a sus partidarios con grandes carcajadas burlonas.

Les interesaba la derrota y el sufrimiento de su enemigo, y le insultaban con los epítetos más feroces de su vocabulario infernal.

Pero Yan, a pesar de su dolor, de las abiertas heridas de su cuerpo; de sus brazos ensangrentados por aquel suplicio, había sentido aún otra amargura mayor.

Era el desengaño que había experimentado po-

co antes ante la vacilante conducta de Annie. ¡Y él que había creído que Annie le amaba y sería capaz de sacrificarse hasta la vida! ¡Qué necesidad! ¡Qué lejos estaba aquel amor!

Pero Annie había presenciado harrarizada el tormento inferido a Yan. Alguno sintió en el corazón que le hacía rebelarse y protestar contra aquel acto contrario a toda ley. No dudó. Se abrió paso entre los soldados, atravesando aquella doble fila de espadas, para acercarse a Yan y mirarle con la dulzura de la piedad.

Pero el joven guerrero, que tenía ahora la herida sangrienta de un día herido, la miró de modo desdefioso.

Yan había pasado ya aquel puente de aceros y apartándose de Annie, que parecía urtada a interrogarle y a curarle sus heridas, le dijo:

—Yo pedí el amor de una mujer... no la piedad de una cobarde.

Y con aire retador aún, se alejó de aquellas gentes de Campbell, con el cuerpo herido por los aceros y el alma herida también.

Y Annie, humillada por la contestación, quedó contemplándola con piedad, mientras Donald y sus hombres celebraban alegremente su obra.

Campbell, cuyo odio rayaba en la locura, se preparó a realizar su plan, y en diciembre compareció ante la Corte de Inglaterra.

Le acompañaban su hijo, que sentía el mismo odio que el autor de sus días hacia las gentes contestanas de MacDonald, y sir Roberto, espíritu pacifista que se había mantenido siempre neutral en las contiendas entre los dos bandos y deseaba el restablecimiento de la paz.

El primer ministro del rey en cuyo despacho se hallaban, habló de este modo:

—Campbell, en nombre del rey le autorizo a castigar a todo jefe que no haya firmado la paz el primero de enero.

Los Campbell sonrieron alegremente. No, no se podía hablar de paz; deseaban el exterminio absoluto de sus adversarios.

Pero sir Roberto meneó la cabeza y dijo:

—El castigo sólo conduce a los hombres a la desesperación.

—Yo le aseguro que no quedará ninguno para desesperarse —contestó Donald con terrible sonrisa.

Sir Roberto le miró con melancolía.

¡Ah! ¿por qué no amaban todos como él la paz, ese fruto sagrado que los malos hombres se aprestaban a no dejar crecer en la tierra?

Terminó la entrevista y los Campbell con sir Roberto y Sandy, el escudero de este último, prepararon el viaje de retorno hacia sus posesiones.

Los Campbell estaban satisfechos: no creían lejos el instante de sacar su ferocidad contra los montañeses.

Sir Roberto, entristecido por aquella actitud benévola de sus amigos, volvió a su castillo de Maxwellton, en compañía de su escudero.

En días sucesivos, Annie se mostraba impaciente. Hasta ella habían llegado los rumores de que se iba a firmar la paz, lo que deseaba con toda su alma. La cesación de hostilidades significaba para Nita, que se hallaba con los MacDonald, la seguridad de que no estaba ya en tierra enemiga, desapareciendo, pues, todo peligro. Además, Annie no podía olvidar a Yan, el joven guerrero que se había marchado de su lado, creyendo probablemente en una traición o indiferencia de ella. ¿Deseaba tanto volverle a ver!

Nerviosa por no saber lo ocurrido, dijo a Sandy:

—¿Ha firmado ya MacDonald? ¿Está ya próxima la paz?

El escudero respondió, mirando fijamente a su señorita:

—Eso no hay que preguntarlo. Si hay en el mundo un testarudo más grande que un Campbell, es sólo un MacDonald.

Ese escudero, aunque en apariencia neutral, como su amo, no podía ocultar sus simpatías por los montañeses.

Annie respondía, entristecida:

—Si MacDonald supiese la verdad, Sandy... firmaría muy contento...

Sabía ella bien cómo los Campbell ocultaban a sus enemigos las condiciones generosas del rey. Y su temperamento equilibrado, protestaba contra aquel ardor.

—¿Quién se lo va a decir?—contestó Sandy, encogiéndose de hombros.—¿Seguramente no será un Campbell!

—¡Oh, qué ideal!... ¡Y si yo!... Sí, debo decirlo... Sandy, tú me has sido siempre fiel. Acompáñame... iremos a ver a los MacDonald.

—Annie... Soy tu servidor y puedes mandar en mí.

—Prepara el carro... Nos iremos hoy mismo.

Y pocas horas después, partían hacia el castillo de Glencoe.

En su fortaleza, Yan MacDonald, a la misma hora, había dicho a sus hombres, sediento de venganza contra sus enemigos:

—Esta noche visitaremos los corrales de Campbell y regalaremos su ganado a todos los MacDonald.

—Sí, sí; quitémosles sus ganados. Demostremos nuestra fuerza...

—Enseñaremos a las reses de ese maldito el camino de Glencoe—continuó Yan.

Y Yan, al frente de sus braves, partió para invadir los corrales.

El asalto se vió coronado por el éxito; aquella noche los campos cercanos a su castillo se vieron invadidos por rebaños de ganado, que habían cambiado de dueño. Abiertas las corrales, las bestias podían creer un instante en una engañadora libertad.

Annie y Sandy en su carro se vieron rodeados por aquella nube de ganado. Durante unos momentos se asustaron, creyendo que iban a perecer entre las bestias bravas y amenazadoras. Pero las montañas impidieron que la manada causase daño.

Se hallaban junto al castillo y las bestias entraban ya en Glencoe.

Yan MacDonald, que había mandado la expedición, vió a la muchacha que penetraba en sus dominios, y al descubrirla sintió gran sorpresa y recuerdos dolorosos le atormentaron.

Ella bajó del carro y le miró con ojos implorantes.

—No he olvidado la hospitalidad que recibí en Maxwellton—dijo Yan con terrible sonrisa.

—Yan. Yo os quería decir...

Pero él no la escuchó. Arromangóse los brazos y mostró en su piel las cicatrices de aquellas heridas.

—Me alegro que las heridas hayan sido profundas—añadió—. Así me acordaré siempre del favor que les debo.

—Yan... merezco vuestro desprecio. Pero hoy he venido a justificarme...

—¡Traed de comer y beber!—dijo el joven a sus guerreros—. ¡Llamad a los gaiteros! ¡Tenemos gente de calidad que festejar!

Y lanzando grandes carcajadas miraba a Annie, que en vano buscaba una oportunidad para justificar su anterior conducta.

—Ya que has venido a este castillo, te brindo hospitalidad—dijo Yan—. Mi casa está abierta hasta a mis enemigos.

—No soy enemigo, Yan. Para aceptar tu invitación. Quisiera que me conocieras de veras, y ya no me mirarías con odio.

—No me convencerás... Es inútil...

Algunos amigos de Yan se hallaban también en el comedor, y Annie se sentía turbada entre toda aquella gente que la miraba de modo sarcástico.

Yan se había sentado frente a ella y efectuaba constantes libaciones, como si quisiera aturdirse con el frescor delicioso de los vinos... Refa mucho, mostrando por momentos la agresividad que produce la embriaguez.

Comía de modo ruda, contrastando su actitud con la delicada dulzura de la mujer. Partió con su cuchillo de monte un pollo y con la punta de su acero presentó a la muchacha un buen pedazo del sabroso animal.

—Anda, come... Las largas jornadas producen apetito y tú has viajado hoy mucho.

Y rió, dejándose caer luego en su sillón.

Pero ella apenas quería comer; algo le anudaba la garganta; el deseo de hablar, de sincerarse ante el hombre que la trataba con tal dureza.

—¡Yan MacDonald!—le dijo—. No importa lo que piensas de mí... Puedes ahorrarte, pero es preciso que me escuches...

—¿Crees que podrías engañarme? Estás equivocada. Una vez lograste cautivar-me; ahora no...

—Debes oírme, Yan. Tengo algo muy importante que confesarte.

—¡Mentira, toda mentira! ¡Me supones tan necia, Annie, para quemarme dos veces en el mismo fuego?

Su excitación crecía. Seguía bebiendo entre las

risoladas de los demás comensales.

—Está enfurecido — dijo ella tristemente—. Pero vosotros tendréis que oírme, porque os va en ello la vida...

Estas palabras hicieron enmudecer a todos los presentes. ¿Qué decía aquella mujer? ¿La vida en peligro? Vamos, ¿se había vuelto loca?

—Habla—dijo al fin—. Veremos con qué nuevo embuste sales.

—Yan MacDonald, ciego testaruda, el amor que por ti siento, me ha traído aquí para avisarte del peligro que corres...

—¿Qué quieres decir? ¿Un peligro?

—Si no firmáis el pacto de paz, seréis destruidos por mandatos del rey...

Sus palabras resonaban severas en la sala; ya nadie reía. Pensaban que aquella mujer era portadora de interesantes nuevas.

—Escuchadme, amigos — siguió diciendo Annie—. El viejo Campbell os ha engañado. El rey está dispuesto a devolveros vuestras propiedades si firmáis el pacto...

—¿Es posible esto? ¿No te engañas?—preguntó Yan, asombrado por aquellas palabras inesperadas.

—Confía en mí... Yo os digo la verdad... El rey aceptará vuestra paz si se la pedís antes del primero de enero...

Yan y los demás caballeros creyeron lo que ella les decía. No, una mujer que hablaba con aquella noble sinceridad no podía traicionarles. Además, era tan verosímil todo aquello, conociendo la idiosincrasia de los Campbell.

A prepararse para marchar inmediatamente—dijo Yan— Es preciso llegar cuanto antes para firmar el tratado de paz.

Habían terminado la cena.

Yan se dirigió a Annie y, conmovido, emocionado por el gesto de ella, le dijo:

—¿Has arriesgado tu vida por mí?

Ella sonrió, inclinando la cabeza graciosamente.

Apareció Nita, mirando con sorpresa a su prima Annie. ¿Cómo? ¿Ella en el castillo?

Las dos mujeres se abrazaron, y Yan dijo a Nita:

—Cuida bien de tu prima. Acaba de hacernos un favor que nunca podremos pagar...

Luego, preparóse para salir con sus soldados. Despidióse de sus familiares y de Annie.

Nevaba copiosamente y rugía el viento.

—A pesar de la tormenta, Dios nos permitirá llegar a tiempo para firmar—dijo MacDonald.

Y marchó con sus guerreros. Y Annie quedó en aquella casa, después de saludar a los MacDonald, que no sabían cómo agradecerle su generosa proceder.

Las dos amigas hablaron luego con el placer íntimo de las confidencias.

—Quédate por mí, Annie. Pronto te voy a necesitar.

Annie miró con dulzura a la mujer que en breve iba a ser madre...

Sí, se quedaría. Con ese pretexto permanecería al lado de aquella a quien tanto adoraba. Además, tenía al fiel Sandy.

—Estaré contigo. ¿Querría desagradaros a todos? ¡Me porté tan mal con Yan!

—¡Pobre Yan! Le disgustaste tanto con tu conducta. Pero ahora he visto en sus ojos que vuelve a quererte.

Y siguió la conversación, mientras afuera tronaba la tempestad.

Con gran retraso, a causa del temporal que tuvieron que soportar en el camino, llegó Yan MacDonald con sus hombres a uno de los puertos de las tropas del rey de Inglaterra.

Entregó, al llegar allí, un documento, concebido en estos términos:

En beneficio de los MacDonald, accepto por este medio la paz que nos ofrece el Rey.

Enora, 6.

MacDonald.

Despidióse respetuosamente del oficial, que se había hecho cargo de aquel mensaje dirigido al rey, y con sus tropas comprendió de nuevo la marcha hacia su castillo.

El retraso con que había llegado no le preocupaba, por ser debido a la tempestad, causa de fuerza mayor. El rey aceptaría de buen grado aquella esperada paz.

Como si le hubiese ido siguiendo los pasos, nada Campbell se encontraba en aquel caso.

Cuando se enteró del documento de paz, echó a reír y dijo al oficial que lo había recibido:

—Está fuera de tiempo. Esa petición ya no tiene valor.

—¡Oh, yo creo que sí!—dijo el oficial—. El rey no insistirá en castigar a los MacDonald, teniendo en cuenta la tempestad que retrasó la llegada del documento.

—El Real Decreto no menciona nada relativo a las tormentas y Campbell cumplirá al pie de la letra las órdenes del rey—contestó Donald, que deseaba aniquilar por entero a sus contrarios.

Después se despidió del oficial para regresar a su castillo y meditar el mejor medio de vencer a aquella gente odiada.

Los MacDonald, en su castillo, gozaban ya de la paz que creían segura... Además, esperaban impacientes un acontecimiento: el que Nita diera a luz.

Cierta mañana, una compañía de soldados man-

dada por Donald Campbell llegó al castillo de Glencoe.

Donald, dirigiéndose a los MacDonald que habían salido sorprendidos ante aquella inesperada visita, les dijo:

—Ahora que la paz está convenida, ¿puedo pedir ayuda para mis hombres, que tan larga jornada tienen que hacer?

Los MacDonald no eran rancorosos. Así es que el jefe, adelantándose hacia el que había llamado, le dijo:

—En prueba de amistad, os ofrezco mi mano y mi casa, Donald Campbell.

Y de acuerdo con este ofrecimiento, los Campbell se instalaron en la fortaleza de Glencoe.

Pero los Campbell pensaban realizar un plan siniestro de traición e ingratitude.

Tres soldados se hallaban en una de las habitaciones del castillo, consultando un plano.

—La primera que tenemos que hacer es destruir el puente, para que no puedan recibir socorros de fuera—decía uno de ellos.

Entró entonces Sandy, y los soldados pusieron una manta sobre la mesa, para tapar los planos.

—MacDonald manda lo mejor de sus vinos para celebrar la paz—dijo el escudero, dejando sobre la mesa varias botellas y copas.

Sandy escancié vino y al hacerlo manchó la manta.

La levantó para apartarla de allí, y descubrió horrorizada unos planos del castillo.

—¡Miserables!—rugió—. ¡Traidores!

Quiso sugerirlos, pero los soldados se echaron sobre él y la manistaron.

Entró entonces Donald Campbell, quien, después de enterarse de lo ocurrido, dijo:

—Estén listos para atacar al oír el primer disparo. ¡Que no espere nadie de Glencoe!

—Donald Campbell, ¡Dios te castigará por el gran crimen que vas a cometer! ¡Así traicionas

la hospitalidad que te han dado?—te echó en cara Sandy.

Donald no le respondió, ordenando que le tuviesen encerrada... Luego salió para dar nuevas instrucciones a su gente.

En el comedor se hallaban los MacDonald, esperando el ansiado acontecimiento: Nita estaba a punto de dar a luz.

Pero Yan, impaciente, dijo de pronto:

—Padre, creo que hemos hecho mal, dando alojamiento a los Campbell en el castillo...

Parecía tener un extraño presentimiento...

—Nunca se hace mal dándole hospitalidad a un amigo—dijo su padre.

Y luego, variando de conversación, brindó el viejo, entusiasmado:

—¡Bebamos a la salud del nuevo hijo de la familia y reguemos por que nos traiga la paz!

Mientras tanto, en el cuarto de Nita se hallaban varias mujeres. La maternidad había realizado su augusta fin. Annie sostenía en sus brazos un precioso bebé... Se acercó para mostrárselo a Nita...

Pero Nita no contestó a las cariñosas llamadas de su prima. Parecía dormida. Annie insistió varias veces y llena de terror se convenció de que había muerto, y fugaz como el rayo pasó por su mente la maldición paterna...

Desesperada, dejó al niño y corrió a comunicar la noticia a los MacDonald. ¡Trágico fin de un acontecimiento que debía ser venturoso!

Penetró Iloresa en el comedor, al mismo tiempo que lo hacía Donald, quien se sorprendió de ver allí a Annie.

—¡Anita... ha muerto!

Estas palabras causaron una sensación indescriptible.

Donald quedó inmóvil ante la inesperada muerte de su hermana, mientras el viejo MacDonald y el marido de Nita corrían hacia las habitaciones

superiores.

Annie, llorosa, se abrazó a Yan. Y ante este abrazo, Donald frunció el ceño, sintiendo que los celos le devoraban.

Horas después, Annie se preparaba para regresar a su castillo.

—Tengo que irme, Yan—decía—, voy a darte la noticia de la muerte de Nita... Allí te espero.

Un coche mandado por un hombre que ella no conocía, esperaba ante la puerta. ¿Pero dónde estaba Sandy? Annie quería marcharse con su servidor.

Donald, que también despedía a Annie, le dijo:

—No espere por Sandy. Se queda conmigo.

Un poco contrariada, la joven se metió en el coche.

Partió rápidamente. Yan la vio desaparecer. Heno de amor por ella. ¡Cuán agradecido le estaba!

—¡Y pensar que llegué a odiar a este ángel!—se dijo.

Y volvió a entrar en la casa para consolar a su hermano, enloquecido de dolor.

Y antes, al ver a Donald junto a él, le tendió la mano y le dijo:

—Donald Campbell, me avergüenzo de haberte odiado y de haber desconfiado de ti. Ahora todos somos hermanos en la paz y en el dolor...

—Sí, hermanos... —dijo Donald con cierta ironía.

Y se alejó de allí rápidamente.

Momentos después, comenzaba la traición.

Donald penetró en el castillo. A su encuentro, ajeno a lo que se tramaba, salió el viejo MacDonald. Para el traidor le disparó un tiro a quemarropa, matándole, y aquello fué la se-

nal para que los hombres de Campbell se lanzaran furiosos contra los indefensos pobladores del castillo.

Desorientados, asombrados ante la infame traición, los hombres de MacDonald se encerraron en el comedor, disponiéndose a una defensa desesperada.

El hermano de Yan, que había presenciado el asesinato de su padre, dijo a Yan:

—Nuestro padre ha sido asesinado por Donald Campbell.

—¡Oh, el malvado! ¡Traición, traición! ¡Encended la señal! ¡Llamad a los nuestros!

El alboroto era terrible. Entre la enorme confusión de aquellos hombres dispuestos a morir, el hermano de Yan pudo escapar de la estancia dirigiéndose veloz y rehuyendo a los enemigos, hacia el fanal, que, al ser encendido, anunciaba a las gentes lugareñas la demanda de socorro.

Pero ¡maldición! al llegar al punto, que se tenía sobre un abismo y en cuyo otro extremo estaba el fanal, diese cuenta de que el paso había sido destruido poco antes.

Era preciso, era necesario llegar allí. Intentó cruzar el abismo, pero no lo logró y despeñase desde enorme altura.

Poco después de salir del castillo, Annie escuchó un disparo.

Extrañada, dijo al cochero:

—Creo haber oído un disparo.

Pero el cochero, que era un soldado de Campbell, respondió:

—Habrá sido una salva...

Pero los tiros continuaban; los disparos se hacían cada vez más intensos, y de pronto, ella comprendió. Los hombres de Campbell habían traicionado a los MacDonald.

Forcejó para saltar del coche; pero el soldado

se lo impedía...

El caballo, desbocado, comenzó a correr, y de súbito, debido a la lucha y a la torpeza del soldado, el vehículo volcó, resultando el soldado herido.

Annie, ilesa afortunadamente, aprovechó aquel momento de confusión para coger el farol del coche y huir con él. Se había acordado del fanal de señales que era preciso encender para que acudieran en socorro del castillo.

En aquel momento acertó a pasar cerca del coche, un soldado del séquito de Campbell, que iba a reunirse con éste, portador de un mensaje. Al ver al compañero herido, apesadumado del caballo y se aprestó a socorrerle; pero aquél, viendo a Annie, la señaló a su compañero para que la detuviese; y entre éste y ella se desarrolló una desesperada persecución por empinada cuesta hacia el picacho donde se erguía el fanal de socorro.

Al llegar a él tras innumerables dificultades, el soldado la apresó entre sus férreos brazos, pero gracias a un milagroso esfuerzo logró Annie arrojar el farol encendido sobre el hogar del fanal, donde había, además de leña seca, materias líquidas combustibles. Y después de tan sobrehumano padecer, la valerosa muchacha desplomóse en tierra, y el soldado, apartándola de un puntapié, dirigióse velozmente hacia el castillo, viéndose obligada, a causa de haber sido sorprendido el puente, a hacer un gran rodeo por el camino natural.

Los montañeses, avisados del peligro gracias al fanal, acudieron armados al castillo en socorro de sus hermanos, en tanto que éstos, viéndose obligados, por haber sido destruida la puerta tras la cual se parapetaban, a luchar cuerpo a cuerpo, mueren en crecido número, pero mataban en mayor cantidad, multiplicadas sus fuerzas por la ignominia cometida.

Yan se encargó, con la fiera de un león y

a riesgo de su vida, de dar su mercedo a Donald, y después de hundirle su cuchilla en el corazón, lo levantó en vilo en el pasillo de las toreras y lo arrojó al patio como una bestia inmundada.

Y cuando llegaron los socorros, la soldadesca de Campbell fue reducida a la impotencia.



Lo levantó en vilo y lo arrojó al patio.

El rey, noble y justiciero, restituyó a la casa Macdonald todas sus propiedades, reconociéndole además beligerancia, y Van aceptó la paz por la felicidad de Escocia.

Y algún tiempo después, atenuado el recuerdo de la tragedia, casó con Annie para vivir en imperecedera felicidad.

Sandy los despidió al emprender el viaje de bodas y les dijo, malicioso:

—Para los hombres indómitos y bravos es el amor de las mujeres.

FIN

B.